

PRIMER CUADRO

PERSONAJES

COCHAMBRE, vagabundo barbudo, sucio y harapiento.

RAYMUNDO SOLAR, jovial y locuaz charlatán de plazuela.

HILARIO PATUJEZ, camionero matonesco.

ROGELIA CHOROQUE, alegre dueña de un puesto de mercado.

POLICIA, zambo suficiente.

IFIGENIA CHOROQUE, joven norteña. Sobrina de Rogelia.

OTRO VAGABUNDO.

CONCHITO.

MIMOS: organillero, vendedor de canastas, pájaros frutereros, clientela del puesto, trotera, transeúntes, invitados a la fiesta, dos policías, etc.

(Estrenada póstumamente por la Compañía Lucia Irurita, en el Teatro Segura, el 29 de abril de 1966. La música para las canciones la compuso Enrique Iturriaga.)

De izquierda a derecha del escenario se desenvuelve una, sintética teoría urbana de Lima. En este orden: chozas de barriada, rincón de mercado con ostensible puesto de frutas y comestibles, placita polvorienta con unos cuantos postes pero sin árboles, puerta de un hotelucho y, por fin, el comienzo de un sector de altos edificios modernos. Atrás, también de izquierda a derecha, los cerros cubiertos de casuchas de esteras, las torres coloniales, los rasca-cielos con avisos luminosos. Al fondo, el cielo que será gris de día y negro de noche.

Al iniciarse la acción despunta el amanecer. Una tenue lumbre, que va despertando a la ciudad, se anima tras de los cerros ocres. Cantan los gallos y la luz del alumbrado público y los letreros luminosos se apaga; suenan primero a lo lejos y luego, poco a poco, más altos y agudos, bocinas, gritos, pitazos, campanas. En una banca de la plazuela, se despereza el vagabundo Cochambre: se estira, se levanta, practica una cómica gimnasia. El ruido urbano ha concluido por ser música concreta. De ella surge una melodía, la de la canción que Cochambre entona mordisqueando un pan duro.

CANCION DEL AMANECER

COCHAMBRE:

Lima se duerme indigesta, Lima se duerme indigesta
y se despierta a deshora,
pero en mí,
en mí no hay noche ni aurora.

Alba de alta neblina, alba de alta neblina
tal vez ocaso mojado,

voy a pie,
a pie pues soy un parado.

Siempre el amanecer, siempre el amanecer
si en el reloj de mi sangre
reventó la cuerda,
la cuerda de hambre.

Al terminar la canción se adelanta hacia el público y, naturalmente, como si mostrara un cuadro, inicia su recitado con un suave acompañamiento musical de fondo. Conforme los nombres, personajes y mimos aparecen en escena y ejecutan su juego; doña Rogelia abre su puesto de mercado, un cobrador persigue a un deudor, el vendedor de canastas cruza la escena en su triciclo, el camionero Hilario Patúñez se estira y bebe su aguardiente, la prostituta ingresa al hotel, los "pájaros frutereros" relampaguean alegres, etc.

COCHAMBRE:

Atención que ya comienzan
la jornada y sus afanes;
la gente que viene y va,
viene y va... ¡a ninguna parte!

Doña Rogelia abre el puesto
de fritos y vegetales,
mientras da caza a su presa
un cobrador de impagables.

Vean ahí el canastero
con triciclo y pregón largo,
y al camionero borracho
que prueba su trago amargo.

Va a entrar en su noche clara
la mariposa sin alas,
y los "pájaros fruteros"
bolsiquean en bandada.

Los diarios: ¡Comercio! ¡Prensa!
¡Crónica! ¡Expreso! ¡Correo!

manchan de tinta los aires
con lo lindo y con lo feo.

El charlatán va al embuste
cuando los pobres obreros
cumplen puntuales la pena
aunque el patrón no les guste.

El policía vigila
y yo vigilo también,
él pues por eso le pagan,
yo por saber quién es quién.

Y así la nueva mañana
se torna un día corriente
porque el tiempo suma y sigue
como cifras a la gente.

¡El molino de la vida,
a unos sube, a otros sienta,
pero hay quien no subirá,
y es el pobre que revienta!

El cuerpo no vale nada;
señores, valen los ojos:
los de ustedes para el teatro,
los míos para los piojos.

Hace una reverencia y se sienta en el suelo a matarse los piojos. El charlatán Raymundo Solar ha dispuesto su mesa desplegable y abierto enseguida su maletín; el camionero, con la botella en la mano, se ha sentado en un cajón a beber; el policía, junto al poste, enciende, aburrido, un cigarrillo. La gente —los mimos— se desplazan apresurados, al compás de una melodía apresurada.

RAYMUNDO.— (Sin entusiasmo.) Damas y caballeros: vean el milagro ungüento de grasa de culebra del Amazonas, una de las más extraordinarias maravillas de la naturaleza. Cura los más agudos y espasmódicos dolores: reumatismo, costado, lumbago, estómago, muelas, ciática, intestinos, cabeza, corazón, hígado, ri-

ñones, golpes, quemaduras y hasta los traumatismos encefalocraneanos. Todas las enfermedades cesan al instante con los sinapismos —unos quitados y otros puestos— de esta milagrosa pomada hecha por los brujos machiguengas y cashibos de nuestra inexplorada montaña. (*Calla desolado. Toma brios.*) ¡Vean con sus propios ojos cómo hace desaparecer erupciones, chupos, úlceras, granitos, carachas y chancros blandos y duros! ¡Una cajita de ungüento de grasa de culebra del Amazonas por el irrisorio precio de cinco soles y dos cajitas por siete cincuenta! (*Agudizando la voz.*) ¡Y a todo el que lleve dos cajitas, le regalamos una hermosa cadena de llavero, reloj o guardapelo, soldada eslabón con eslabón! (*Pone énfasis en la última frase.*)

COCHAMBRE.— ¡Jajay!

RAYMUNDO.— No te rías. Cada uno se gana la vida como puede.

COCHAMRBE.— ¿Y qué? Yo dije ¡jajay! porque lo agarré.

RAYMUNDO.— ¿A quién agarraste?

COCHAMBRE.— (*Riendo.*) A un piojo que me estaba destrozando picotón con picotón. ¡Jajay!

HILARIO.— Déjenlo trabajar en paz al doctor. Ya ni los perros se paran a escucharlo.

RAYMUNDO.— Eso será en esta porquería de barrio, porque lo que es en Surquillo o la Plaza Italia tengo un público selecto...

ROGELIA.— (*Atendiendo a una pareja de clientes.*) ¡Pero mire que tamaño de mangos! ¡A tres soles cada uno están regalados!

COCHAMBRE.— Es que en otros barrios anuncias extracto de penicilina... ¡Así, qué gracia!

ROGELIA.— ¿Estos? Tres soles también. ¡Son chicharrones sin gordo, señorita! ¡Pura carnecita!

HILARIO.— (*Bebiendo por el pico de la botella.*) ¡Ah! ¡Qué culebra ni que penicilina! No hay nada mejor como desayuno que el trago fuerte. Deja como nuevo.

COCHAMBRE.— Te quiero oír lo mismo cuando el hígado se revienta con camión y todo.

RAYMUNDO.— ¡Como un piojo de Cochambre! (*Ríe.*)

ROGELIA.— (*Siempre atendiendo a la pareja.*) El atadito de culén a sol... ¡Es muy bueno para el vientre suelto, señorita! ¡Como un pestillo, le digo!

HILARIO.— Yo, si no hay trago, prefiero cualquier yerba, culén, boldo, huamanrripa. Jamás ese sebo. (*Bebe.*) Salud.

ROGELIA.— (*A sus clientes.*) Bien angelitos, decídanse: mangos, chicharrón o culén... Cuando lo sepan, vuelvan. Váyanse bonito. Pórtense bien. (*La pareja se va.*) ¡Vaya con la gente!

HILARIO.— ¡Pásame un pan con chicharrón, doña Rogelia, pero sin ungüento de culebra! (*Ríe.*)

ROGELIA.— Ya va. (*Lo prepara.*) Purito jugo, purito jugo. El paladar se lo dirá...

RAYMUNDO.— (*Volviendo a su tarea con impetu.*) ¡Vean el milagroso ungüento de culebra que cura hasta las heridas de las flechas envenenadas con el mortífero curare de los feroces jíbaros! ¡Y miren qué hermosa cadena les obsequia la casa Washington de París, de la que soy único propagandista, por la compra de dos cajitas de este famoso remedio! ¡Con él no hay dolores, ni mal de ojo, ni daño, ni cólico que maten, si sobre el órgano afectado se aplica esta pomada con la grasa de la serpiente pitón previamente rezada por los brujos de las tribus salvajes! (*Se detiene apesadumbrado, pues nadie se ha parado a escucharlo.*)

COCHAMBRE.— Tienes que irte a Surquillo. Aquí ya estás muy mosqueado. Y lo peor que puede sucederle a un hombre es mosquearse. Todo el mundo le pierde el respeto. Al mismísimo Presidente de la República se lo timplan si se mosquea...

HILARIO.— ¡Gusano, nada de política! ¡Es peligrosa! (*Toma el pan con chicharrón que le alcanza Rogelia.*) Gracias, doña. (*Lo muerde.*) ¡De rechupete!

COCHAMBRE.— No me vendrían mal unas vacaciones pagadas. (*Tose.*) Mira no más como tengo el pecho.

ROGELIA.— ¿Y por qué no prueba la pomada de don Raymundo?

COCHAMBRE.— Lo que me caería bien sería un pan con chicharrón. Es curioso, siempre me entona.

HILARIO.— Primero, retrátate con tus tres hostias de fierro. (A Rogelia). ¡Cuido sus intereses, señora!

RAYMUNDO.— No hemos visto todavía que tu te hayas retratado.

POLICIA.— (Que se ha acercado). Deme un pan con chicharrón bien despachado, señora. Y póngamelo en mi cuenta.

COCHAMBRE.— (Al policía). Buenos días, jefecito. Y perdone una pregunta: ¿cómo hace uno para ir a la canasta? El médico me ha ordenado reposo absoluto.

POLICIA.— (Devorando su pan). No contesto bobadas.

HILARIO.— (Aparte, a Raymundo). El jefe sólo sabe comer de arriba.

COCHAMBRE.— Y pasársela de cantor.

POLICIA.— (Con pocas pulgas.) Tengo mucho tímpano, ¡ah! Y los he oído. ¡Un poco más de respeto y consideración!

ROGELIA.— No les haga caso. Hablan por hablar. ¿Qué tal mis chicharrones?

POLICIA.— ¡Buenazos! A éstos los conozco muy bien. (A Hilario). ¿A tí no te encanastaron una vez por atropello y fuga? (Cochambre.) ¿Y a tí, no te han detenido varias veces por vagancia?

RAYMUNDO.— ¡Pero yo sí que soy inocente! Todavía no conozco las cadenas.

POLICIA.— Te salvaste por un pelo... ¿Ya te olvidaste de "manos de seda"? ¿No te acuerdas de Luis Martínez, Ricardo Chang, o Víctor Beneyto, alias "manos de seda"?

COCHAMBRE.— ¡Qué casualidad!, a ese señor lo conocí en el segundo piso del Sexto. Estaba en la misma celda que el Negro Pitu-so. Un día su compañero lo abrió en dos como un pescado. ¡Y chau!

RAYMUNDO.— (Impasible). No sé de quién hablan.

POLICIA.— Del que limpiaba a los zonzos que oían tu discurso sobre el ungüento de culebra. (A todos). Con dos dedos, así, su compinche "manos de seda" le sacaba la cartera... A éste, sin embargo, no se le pudo probar nada.

RAYMUNDO.— Ante la ley no tuve culpa. Tengo la conciencia tranquila.

POLICIA.— ¡Los conozco a todos, pues! Así que mucho cuidadito conmigo...

COCHAMBRE.— ¡Y todos lo conocemos a usted, señor policía!

ROGELIA.— (Pacificadora). Mejor así. Estamos entre amigos. Ahora, para quedar en paz, les voy a invitar un pan con chicharrón a cada uno.

HILARIO.— Doña Rogelia, ¡es usted una madre para nosotros!

COCHAMBRE.— (Se apresura a tomar el suyo). ¡Primero a mí, mamá, que soy el menorcito!

POLICIA.— Se agradece la gentileza.

ROGELIA.— Yo siempre me pregunto por qué tenemos que ser enemigos del policía... Es un oficio difícil que merece todos los honores.

RAYMUNDO.— Todos los oficios son difíciles.

HILARIO.— ¡Y todos merecen los honores!

CANTAN LA CANCION DE LOS OFICIOS

CHARLATAN: Mi herramienta es la garganta, señores,
pues anuncio panaceas, señores,
por el mundo voy regando
como riegan los tenores
sangre de los ruseñores.

CORO: Es oficio muy difícil,
y merece los honores.

Es oficio muy difícil
y merece los honores.

CAMIONERO: Mi herramienta es la pupila, señores,
pues abarco el horizonte, señores,
por el mundo voy dejando
como pétalos de flores
mis miradas de colores.

CORO: Es oficio muy difícil
y merece los honores.
Es oficio muy difícil
y merece los honores.

POLICIA: Mi herramienta es la vara, señores,
pues el orden establezco, señores,
por el mundo voy sembrando
como los horticultores
los chichones correctores.

CORO: Es oficio muy difícil, etc., etc.

ROGELIA: Mi herramienta es la sonrisa, señores,
pues la brindo como yapa, señores,
por el mundo voy soltando
contra iras y rencores
el mejor de los humores.

CORO: Es oficio muy difícil, etc., etc.

Durante la ejecución de la canción, entre la gente de la ciudad que sin cesar ha circulado, Ifigenia, tocada con sombrero de paja, traje —blusa y falda floreada— de nortea y maleta en la mano, ha ingresado a escena. Ha ido avanzando paso a paso, mirando en derredor, entre intimidada y sorprendida, abrumada tal vez por el ruido y el movimiento. Al concluir la canción, doña Rogelia desaparece tras su puesto. Así mismo, el policía vuelve a su guardia en la plazuela, el charlatán acomoda su mercadería y el vagabundo torna a sus piojos, mientras el camionero, apoyado en el cajón que le servía de asiento, se echa a dormir a pierna suelta. Ifigenia se acerca al vagabundo.

IFIGENIA.— Perdón, señor... (*El aludido no se inmuta*). Señor... (*Lo mismo*). ¡Señor!

COCHAMBRE.— (*Mirando incrédulo*). ¿Pero es a mí? (*Se pone en pie*).

IFIGENIA.— Perdón... No quise molestarlo.

COCHAMBRE.— ¡Me ha dicho usted señor, criatura! ¡Se lo agradezco infinitamente! ¡Nada menos que señor! ¿Debo agradecer semejante bondad?

IFIGENIA.— (*Muy intimidada*). Perdón... Yo... este...

(*El charlatán, que ha contemplado la escena, corre al lado de Ifigenia*).

RAYMUNDO.— Mi nombre es Raymundo Solar. Treinta y cinco años, soltero y sin compromisos, propagandista farmacéutico... ¿En qué puedo servirla, señorita?

COCHAMBRE.— (*A Raymundo*). Esta reina me habló primero a mí. (*A Ifigenia*). ¿Qué desea usted saber, flor celestial?

IFIGENIA.— Yo sólo quería...

COCHAMBRE.— ¡Pida lo que quiera, con confianza! ¿La luna? ¿Las estrellas? ¿El mar?

RAYMUNDO.— No le haga caso, señorita. Es un anormal. Estoy a sus órdenes. Ordene y obedeceré.

IFIGENIA.— Sólo deseaba hacerle una pregunta.

COCHAMBRE.— Cuídese de éste, niña. Es el cómplice de "dedos de seda"... ¿Qué pregunta deseaba hacer?

RAYMUNDO.— (*Empujando al vagabundo*). ¡Sal de aquí, penado del Sexto! (*Forcejean*).

IFIGENIA.— (*Alarmada*). ¡No! ¡No se peleen, por Dios!

RAYMUNDO.— (*Logrando apartar al otro*). Comuníqueme sus ardores se lo ruego.

IFIGENIA.— (*Mirando un papel que lleva en la mano*). ¿Es ésta la calle del Gran Mariscal Conchales?

COCHAMBRE.— (*Adelantándose al charlatán*). La misma, tercera cuadra.

IFIGENIA.— (*Leyendo con dificultad el papel*). Busco el número 325 de la calle del Gran Mariscal Conchales, El Porvenir, La Victoria, Lima. Es la casa de mi tía.

COCHAMBRE.— (*Mirando los números*). ¿325? ¿325? (*No lo encuentra*). ¿Y cómo se llama esa respetable matrona?

IFIGENIA.— Se llama...

RAYMUNDO.— (*Empujando al vagabundo que cae al suelo*). ¡Tú busca el número! (*A Ifigenia*). ¿Cuál es el nombre de su tía?

IFIGENIA.— Rogelia Choroque viuda de Arcaya. Tiene un puesto...

COCHAMBRE.— ¡Ajá! ¿Un puesto de frutas y chicharrones? (*Señalando el lugar*). ¡Ese es!

IFIGENIA.— ¿Justito aquí?

RAYMUNDO.— (*Tierno*). Justito, justito...

IFIGENIA.— ¡Fíjese qué casualidad tan casual! (*Se ruboriza*.)

RAYMUNDO.— ¡Fíjese, pues, nomás!

COCHAMBRE.— ¡Voy a llamar a doña Rogelia! (*Corre al interior del puesto*).

RAYMUNDO.— Yo ya me presenté. Soy Raymundo Solar. ¿Y cuál es su gracia, señorita?

IFIGENIA.— Ifigenia Choroque, señor.

COCHAMBRE.— ¿Viene Ud. a Lima de vacaciones, señorita?

IFIGENIA.— Murió mi papá el pobrecito. Mi mamá ahora se vive con otro tío que pega duro. Mi mamá me dijo: "Andate donde la Rogelia antes que éste te rompa el pulmón". Y aquí estoy porque he venido... (*Nuevo rubor*).

RAYMUNDO.— ¿Y viene usted de muy lejos, señorita?

IFIGENIA.— De Ferreñafe no más, señor.

RAYMUNDO.— ¿Por qué medio de transporte, señorita?

IFIGENIA.— En góndola, pues, señor. ¡Qué sofocón, por Dios!

RAYMUNDO.— Entonces, estará usted muy cansada, señorita.

IFIGENIA.— Me duelen mucho los zapatos, señor. La poca costumbre...

RAYMUNDO.— ¡Quíteselos con confianza! (*Ella se los quita*). Es usted muy bonita, señorita.

IFIGENIA.— (*Escondiendo la cara*). ¡Gua! Favor que usted me hace, señor. (*Ifigenia mira complacida en torno. Canta la canción de la recién llegada*).

CANCION DE IFIGENIA RECIEN LLEGADA (Primera Parte)

Ifigenia

He llegado, por fin he llegado
a la ciudad, a la ciudad,
pestilente a petróleo y pescado,
¡y qué más da! ¡y qué más da!

Si me siento cual pájaro alado
y en libertad, por la ciudad.
Si me siento cual pájaro alado
y en libertad, por la ciudad.

Ifigenia y Charlatán (a duo)

La ciudad con sus grillos dorados,
¡qué libertad! ¡qué libertad!
La ciudad con sus grandes candados,
¡qué libertad! ¡qué libertad!

Ifigenia, Charlatán, Cochambre y Rogelia a coro

Ha llegado, por fin ha llegado,
a la ciudad,
sin libertad.

Ha llegado, por fin ha llegado,
a la ciudad,
sin libertad.

Se unen a ella, en la canción; primero el charlatán y, luego Rogelia y el vagabundo. Hilario se despierta. Mira sorprendido a Ifigenia y los otros que cantan.

HILARIO.— *(Cuando ha concluido la canción y Rogelia e Ifigenia se abrazan).* ¡Bravo! ¡Bravo! *(A sus amigos).* ¿Y esta damisela tan bella quién es? ¿De dónde salió?

ROGELIA.— ¡Mi sobrina Ifigenia! La hija de mi hermano Renovato. *(A Ifigenia).* ¿Y cómo no avisaste que llegabas?

IFIGENIA.— *(Mientras la besa).* Tía, puse un telegrama urgente. ¿No lo recibiste?

ROGELIA.— No he recibido nada, pero qué bien que hayas venido. *(La abraza de nuevo).*

RAYMUNDO.— Nunca llegan los telegramas...

HILARIO.— *(Extiéndele la mano.)* Soy Hilario Patújez, propietario del camión de servicio interprovincial número 38083, capicúa, y, por eso, muy suertudo en el juego, los negocios, y el amor.

RAYMUNDO.— ¡Un vulgar camionero que atropella y fuga!

COCHAMBRE.— ¡Un hombre dedicado al encarecimiento de las subsistencias! ¡Que se lo pregunten al alcalde!

ROGELIA.— *(A Ifigenia.)* Estos son los amigos que tengo en el barrio. Los he conocido a los tres juntos.

RAYMUNDO.— Pero de los tres sólo el camionero se desayuna con ron de quemar como usted puede verlo. Es un dato importante sobre su persona.

HILARIO.— *(Que tiene la botella en la mano.)* ¡Alto ahí! La madrugada me agarra a veces en plena puna, y ahí, ¿qué puedo desayunar sino aguardiente? *(Arrojando la botella.)* Pero, no les haga caso a estos idiotas... ¿Se quedará mucho en Lima, señorita?

IFIGENIA.— Mi tía lo dirá, señor.

ROGELIA.— No hemos hablado nada todavía.

COCHAMBRE.— ¡Comiencen a hablar pues!

ROGELIA.— Iremos adentro para que me cuentes...

IFIGENIA.— Como usted mande, tía.

RAYMUNDO.— Bueno, yo me voy a trabajar a Surquillo. *(A Ifigenia.)* Señorita, a sus pies. Con permiso. *(Recoge su mesa plegable y su maletín.)* Conozco Lima de cabo a rabo. Cuando quiera recorrerla yo seré su sostén, seré su guía.

IFIGENIA.— ¡Oh, gracias, señor! *(Sale el charlatán.)*

ROGELIA.— *(A Ifigenia.)* Vamos adentro. Te prepararé unos camotitos fritos. *(A los otros.)* Chaucito.

IFIGENIA.— *(Antes del mutis.)* Gracias, caballeros. Han sido muy amables.

HILARIO.— Cuando quiera dar un paseo por la ciudad, no olvide que mi camión está a su disposición. Le advierto que es suave como el arrullo de la paloma.

COCHAMBRE.— ¡Yo! ¡Yo puedo...! *(Dubitativo.)* ¿Qué puedo ofrecerle yo? *(Entusiasta.)* ¡Ah, claro! ¡Yo puedo darle un buen consejo! ¡La experiencia que yo tengo es oro en polvo!

IFIGENIA.— Gracias, gracias...

ROGELIA.— Vamos. *(Mientras salen.)* ¿Y por qué no habrá llegado el telegrama? *(Salen.)*

HILARIO.— *(Para sí.)* Tengo que llevar a arreglar el camión... Aceite, carburador, engrase... *(A Cochambre.)* ¡Chau!

COCHAMBRE.— *(Melancólico.)* Yo no tengo que ir a ninguna parte, así es que debo apurarme. *(Toma su bolsa del suelo y echa a andar calmosamente hacia la derecha. Se detiene a recoger una colilla del suelo. La observa, la aprueba y se la pone en la boca. Dos pasos más. Vuelve a inclinarse para recoger otra colilla, pero lo que levanta del suelo es un papel. Lo mira y lo guarda en su bolsa.)*

Sigue caminando. Se cruza con otro vagabundo y, por señas, le pide fuego para la colilla que tiene en los labios. El otro enciende un fósforo y le da lumbre. Con gran reverencia.) ¡Gracias, doctor!

VAGABUNDO.— ¡De nada, ingeniero!

Cochambre hace mutis cantando la canción del amanecer, rodeado por la agitación urbana, que recrudece mientras él abandona la escena. De pronto, sobreviene el apagón.

SEGUNDO CUADRO

El mismo escenario. Es el atardecer. En el puesto, que evidentemente ha prosperado, un grupo de gente se disputa la atención de Ifigenia, que ha cambiado de peinado y vestido. En la plazuela el policía se pasea, mientras ahí mismo, sentado en una banca, Cochambre monologa algo que no se le entiende. Al otro extremo, el derecho, Rogelia, que viene de hacer compras, pues está cargada de paquetes, se topa con una amiga.

IFIGENIA.— *(Abrumada por la demanda.)* ¡Uno por uno, por favor! ¿Pan con chicharrón, dijo usted?

UN HOMBRE.— ¡Yo llegué antes que la señora! *(La gente protesta y discute.)*

IFIGENIA.— Ahorita los atiendo a todos... ¿Y usted?

MUJER.— ¡Una chicha morada para mí! ¡Bien heladita!

OTRO HOMBRE.— Sírvame otra de una vez...

IFIGENIA.— ¡Ya! ¡Ya! ¡Calma! ¿Y usted?

(Los clientes se alborotan y así continúan.)

ROGELIA.— Está usted igualita, Conchito. No pasan los años por usted.

CONCHITO.— Por usted tampoco, no se me queje. Y por lo que veo, los negocios andan bien.

ROGELIA.— El puestito da para vivir. Desde que vino mi sobrina, que es un ángel, puedo darme una escapada de vez en cuando.

CONCHITO.— ¿Su sobrina? ¿Hija de su hermana, la malogradita del ojo?

ROGELIA.— No, no. La huérfana de mi hermano Renovato, del que se murió de hiel, y que Dios tenga en su santa gloria, amén.

CONCHITO.— Entonces ya será maltoncita.

ROGELIA.— Está en la edad de merecer.

CONCHITO.— Con tal de que no se la degeneren como a mi prima Priscila.

ROGELIA.— La Ifigenia es bien seriecita, no crea. Y yo tengo el ojo bien abierto, ¡hum!

CONCHITO.— ¿Pero sabe Ud. como sucedió lo de la Priscila? (*Acercándose mucho a su interlocutora y bajando la voz hasta que sólo es un susurro.*) El hombre era...

ROGELIA.— ¡No! (*Más sorprendida.*) ¡No! (*Más aun.*) ¿No? (*Siguen hablando.*)

(*En la plazuela el policía se ha detenido al lado del vagabundo. Este se pone en pie y se cuadra militarmente.*)

COCHAMBRE.— ¡Firmes, jefe!

POLICIA.— ¿Por qué diablos estás saltón? Hace rato que te veo hablando solo.

COCHAMBRE.— Estoy rumiando.

POLICIA.— ¿Mascas coca, tú?

COCHAMBRE.— Rumiar quiere decir pensar. Así dicen los periódicos.

POLICIA.— Ajá... ¿Y qué diablos rumbeabas?

COCHAMBRE.— Rumbear, no. Rumiar. Rumiaba un millón de soles.

POLICIA.— (*Burlón.*) ¡Qué poco te pide el gusto!

COCHAMBRE.— Rumiaba un millón, sol por sol. Cuando usted se acercó ya iba por los cinco mil trescientos.

POLICIA.— ¿Te faltaba mucho para acabar de... eso que dijiste?

COCHAMBRE.— Rumiar. Lo que hacen las vacas con el pasto.

POLICIA.— Ah, ya. Y cuando termines de comer tu pasto de un millón, ¿qué harás?

COCHAMBRE.— Gastarlo. Pero no sé en qué.

POLICIA.— Ahí mismo, sentado, te compras un supermarket para tí solo. Y te lo rumias todo. (*Ríe.*)

COCHAMBRE.— ¿Usted cree que yo bromeo, no? (*Busca en su bolsa.*) Aquí tengo el millón, espérese... (*Saca un papel —el mismo que recogió del suelo al final del primer cuadro— y lo muestra*) ¿Tengo o no tengo un millón?

POLICIA.— Un huachito. Bah... ¿Y con eso qué?

COCHAMBRE.— Fui a recoger un pucho y al ladito, como diciendo "chápame", estaba este huachito. Mañana juega y mañana tendré el millón.

POLICIA.— Está bien. Es fácil rumiar. Sigue no más... (*Continúa su guardia.*)

COCHAMBRE.— (*Repantigado en la banca.*) ¿Dónde iba? ¡Ah, sí! Cinco mil trescientos uno... cinco mil trescientos dos... cinco mil trescientos tres... (*Sigue.*)

(*En el puesto, Ifigenia decide cerrar.*)

IFIGENIA.— (*Alejando a los últimos clientes.*) Son más de las seis y media. Debí cerrar a las cinco. Se acabó... (*Protestas.*) Estoy aquí desde las nueve de la mañana. (*Cierra las ventanas.*) Hasta mañana. (*Cuando los clientes se han ido se sienta a la intemperie, en un cajón, a descansar.*)

(*Rogelia se despide de su amiga.*)

ROGELIA.— El sábado le doy una fiestecita a la Ifigenia. Se merece el agasajo la pobrecita. Unos cuantos amigos de confianza y un arroquito con pato. La esperamos, Conchito.

CONCHITO.— Por la nochecita, supongo.

ROGELIA.— A golpe de ocho, digamos.

CONCHITO.— Iré, Rogelia. Gracias. Ahora, hasta mañana. (*Abraza a Rogelia y ésta corresponde.*)

ROGELIA.— Adiosito, pues. No faltes. (*Conchito hace mutis. Rogelia prosigue su camino y pasa al lado del policía que la saluda.*) Buenas. (*Continúa. Al llegar al lado del vagabundo, este se pone en pie y, con ademán de mosquetero, se despoja de su raído sombrero haciendo una gran reverencia.*) Buenas noches, don Cochambre. (*Sigue.*)

COCHAMBRE.— ¡Don Cochambre! ¡Algo es algo!
(*Rogelia llega al puesto, Ifigenia se acerca y la besa.*)

ROGELIA.— (*A Ifigenia.*) ¿Estás cansada? ¿Hubo mucho movimiento, ah?

IFIGENIA.— Hace un ratito esto parecía un gallinero. Mañana hay que comprar el doble de chanco.

ROGELIA.— Tempranito me voy a ir donde el chanchero.

IFIGENIA.— Hay que hacer más chicha.

ROGELIA.— A lo mejor conviene vender cerveza.

IFIGENIA.— ¿No se emborrachará la gente?

ROGELIA.— Lo malo es que hay que sacar licencia. No es lo mismo expendio de bebidas alcohólicas que puesto de refrescos.

IFIGENIA.— En Ferreñafe no hay esas simplonadas.

ROGELIA.— (*Riendo.*) ¡Pero allá hasta el Club Cultural es borrachería, si no, no entra ni el cura!

IFIGENIA.— (*Riendo también.*) ¡Adiós! ¡Eso sería en sus tiempos, tía!

ROGELIA.— ¿Y han cambiado acaso? (*Recogiendo sus paquetes que dejara en el suelo.*) Te compré una tela bien bonita para hacer tu traje de fiesta.

IFIGENIA.— ¡A ver! ¡A ver!

ROGELIA.— Más luego. Voy adentro a descansar un poco. (*Se dirige al puesto.*)

IFIGENIA.— En el cajón está la plata. Ni la he contado. (*Sale Rogelia. Cuando ya está sola, saca del bolsillo de su delantal una carta y, con dificultad, la comienza a leer.*) "Apreciada señorita: Después de saludarla paso a decirle que su presencia ha despertado en mi corazón..." (*Por detrás llega Raymundo, quien le habla delicadamente.*)

RAYMUNDO.— Ifigenia...

IFIGENIA.— (*Guarda rápidamente la carta en el seno y se vuelve.*) ¡Ay, me asustó con esa voz de pena!

RAYMUNDO.— Perdón. No quise mortificarla.

IFIGENIA.— No fue sino un sustito.

RAYMUNDO.— ¿Cómo le va?

IFIGENIA.— Así, así... ¿Y sus negocios?

RAYMUNDO.— Los negocios, formidables. Estoy incursionando por nuevos sectores de la capital. Pampa de Comas, por ejemplo. Hoy agoté mi "stock". (*Muestra un paquete de billetes.*) ¡Mire la utilidad!

IFIGENIA.— Entonces, en Comas la gente sabe lo que es bueno.

RAYMUNDO.— Creo que el éxito se debe al nuevo número que ejecuto antes de la venta del ungüento. Un número sensacional de transmisión de pensamiento e hipnotismo cataléptico sonambular. Lo hago con un chulillo bien aleccionado. Por ejemplo, usted es mi clienta. Le pregunto su nombre en voz muy baja. En seguida a mi chulillo, que está con los ojos vendados, le hago la misma pregunta, pero previamente le digo: "Inmediatamente, fíjese inmediatamente. Grabe este nombre inmediatamente, ahorita... ¿Cómo se llama la señorita?" El chico contesta: "Ifigenia".

IFIGENIA.— ¿Y el chico lo adivina? ¡Ay, qué lindo!

RAYMUNDO.— ¡Esa es la obra de mi talento! (*En voz baja.*) A usted le diré, en secreto, pero con la promesa de que no lo repetirá... (*Con aire pícaro.*) ¿Se dio cuenta que antes de preguntarle al chulillo le dije unas cuantas palabras sueltas? "Inmediatamente,

fíjese inmediatamente. Grabe este nombre inmediatamente, ahorita." Cuando digo esto es que le transmito lo que debe adivinar...

IFIGENIA.— ¿Y cómo? No entiendo.

RAYMUNDO.— (*Triunfante.*) Las iniciales de cada una de esas palabras forman el nombre de Ifigenia... ¿Se dió cuenta? "Inmediatamente" es la "i", "fíjese inmediatamente" son la "efe" y la otra "i"... Y así, hasta completar el nombre...

IFIGENIA.— ¡Claro! ¡Claro! ¡Qué bueno! ¿Y eso lo inventó solito, de su cabeza?

RAYMUNDO.— ¡Yo! ¡Yo solito! En un año de recorrer el mundo realizando el gran espectáculo de la transmisión de pensamiento e hipnotismo cataléptico sonambular seré rico. (*Pausa. Melancólico.*) Seré rico y seguiré, sin embargo, solo.

IFIGENIA.— ¿Solo?

RAYMUNDO.— Sí, solo y triste. (*Muy cerca y con ternura.*) Salvo que Ud. y yo...

IFIGENIA.— ¿Cómo dijo?

RAYMUNDO.— Salvo que usted y yo nos juntáramos. ¡Sería maravilloso! ¡Haríamos por el mundo un "show" de hipnotismo cataléptico sonambular, trabajaríamos en los más grandes teatros, viviríamos felices...! Imagínese: "Hoy, Ifigenia y Raymundo, los magos que saben hasta su más íntimo pensamiento". (*Entusiasmado.*) ¡Juntémonos, Ifigenia! ¡Juntémonos! ¡Yo la quiero!

IFIGENIA.— (*Ruborizada.*) ¡Oh, Raymundo! No nos conocemos nada todavía. Hace una semana que he llegado y usted...

RAYMUNDO.— (*Apasionado.*) ¡Yo la esperaba!

IFIGENIA.— ¡Pero si usted no sabía que yo existía!

RAYMUNDO.— La ví en mis sueños de amor. Desde niño, como una hada, apareció usted en mí, luminosa cual las estrellas...

IFIGENIA.— ¡Uy, pero qué latero!

RAYMUNDO.— ¿No me cree? ¿No me cree?

Cantan la

CANCION DE LOS SUEÑOS DE AMOR
(primera parte)

RAYMUNDO:

Es la pura verdad, es la pura verdad,
la he soñada ayer mismo y también hoy,
yo la sueño aunque me diga usted que no.

IFIGENIA:

Es mentira desleal, es mentira desleal,
soñó con su menjunge y con su ungüento,
su culebra, y su truco cataléptico.

RAYMUNDO:

¡Soñé despierto y aun soñé en la cama!

IFIGENIA:

¡No en el amor soñó, sino en la plata!

LOS DOS:

Vivimos como locos y al quemar
nuestra vida, los humos del soñar.
Vivimos como locos y al soñar
nuestra vida, los humos del soñar.
Son mentira desleal
son la pura verdad.

Mientras Raymundo e Ifigenia cantaban, Cochambre, desde la plazuela, ha advertido el idilio. Se aproxima y se oculta par ver y oír mejor. Ahí permanece hasta su intervención.

RAYMUNDO.— (*Al concluir, cogiendo su mesa plegable y su maletín.*) Piénselo. Ahora me voy. Tengo que preparar ungüento de culebra para mañana. A propósito, dígame a su tía que si mañana va donde el chanchero que me compre unos cinco kilos de gordo. Sin el gordo no hay ungüento. Y ya sabe, todo mi corazón le pertenece. Hasta luego, Ifigenia.

IFIGENIA.— Hasta luego...

(Raymundo entra a su hotel. Ifigenia queda pensativa.)

IFIGENIA.— Pero no ha dicho que quiere casarse conmigo. Sólo que nos juntemos. ¡Qué enamorado tan raro! (*Saca la carta.*) ¿Será

de él? (*La lee.*) "Apreciada señorita: Después de saludarla paso a decirle que su presencia ha despertado en mi corazón el más puro sentimiento de amor. No puedo ocultar más..."

Con gorra, chaqueta de cuero y chalina al cuello, aparece el camionero.

HILARIO.— (*Bronco.*) ¡Ifigenia!

IFIGENIA.— (*Guarda la carta apresuradamente.*) ¿Qué pasa?

HILARIO.— ¡Una tonelada de camarones! ¡Dos mil kilos por viaje! ¡Hotel Bolívar!

IFIGENIA.— ¿Pero qué está usted diciendo?

HILARIO.— De Camaná a Lima cargado de camarones cuatro veces por semana. Dos mil soles, aparte de la gasolina para mí y la comida para el camión...! ¡No! Es al revés: la gasolina para el camión y la comida para mí.

IFIGENIA.— ¿Está usted loco? No le entiendo nada.

HILARIO.— Escúcheme. Si traigo más de lo convenido, venderé por mi cuenta el excedente y me convertiré en intermediario. Al cabo de un año, una flota de camiones. Al cabo de tres años, millonario.

IFIGENIA.— ¿Usted millonario?

HILARIO.— ¡Yo y usted! ¡Véngase conmigo, Ifigenia! ¡Viajaremos juntos, mirando el mar y las arenas! ¡Cuando tengamos dinero, compraremos una casa en el campo, una chacra! ¡Gallinas, pavos, patos, conejos! ¡Y muchos hijos! ¡Yo soy el hombre que usted necesita, Ifigenia!

IFIGENIA.— Pero, Hilario, así de repente... No lo conozco bien... (*Pausa. Tímida.*) ¿Me quiere?

HILARIO.— Usted me parece buena. Una mujer buena se hace querer. ¿Se viene conmigo? (*La va a abrazar.*)

IFIGENIA.— (*Evadiéndose.*) ¡Oiga, no se apure tanto! Debo pensarlo, hablar con mi tía...

HILARIO.— Me quiero juntar con usted, no con su tía. Yo soy Hilario Patújez, que maneja en la pampa, en la selva, en la sierra. Un macho. ¿Qué más quiere?

IFIGENIA.— Pero...

HILARIO.— ¡Qué pero ni pero! Ahora tengo plata. (*Saca un paquete de billetes.*) ¿Vió? (*Guarda el dinero. Ella permanece impasible.*) O es que hay otro hombre... Para mí eso no es problema. Lo rompo a cabezazos y se acabó.

IFIGENIA.— No es eso...

HILARIO.— ¿Ni en su pueblo? Porque, si no, voy allá y arreglo rápido el asunto.

IFIGENIA.— Ni allá.

HILARIO.— ¿Y entonces? (*Pausa.*) Desde que la vi me dije: ¡Esta es! Y ahora no me la puedo quitar del cráneo ni cuando me emborracho.

IFIGENIA.— ¡Uy, pero qué farolero!

HILARIO.— ¿Quiere decir que miento? ¿Qué yo miento?

Cantan la

CANCION DE LOS SUEÑOS DE AMOR (Segunda Parte)

HILARIO:

Es la pura verdad, es la pura verdad,
en plena carretera ahí está usted,
cuando es suave el camino se la ve.

IFIGENIA:

Es mentira desleal, es mentira desleal,
borracho a medianoche y mediodía,
llena de curvas tiene usted la vía.

HILARIO:

¡Es con amor a usted que me emborracho!

IFIGENIA:

¡No venden en botella el amor sano!

LOS DOS:

Vivimos como ebrios y al beber
nuestra vida, los tragos del querer.
Vivimos como ebrios y al beber
nuestra vida, los tragos del querer.
Son mentira desleal
son la pura verdad.

HILARIO.— (*Cuando ha concluido la canción*). Le doy tiempo para decidirse. Ahora me voy a mi lote a descansar. Estoy molido de tanto manejar. Hasta luego. Ya sabe: una chacra, gallinas, pavos, patos, conejos, hijos... (*Sale*).

IFIGENIA.— (*Perpleja*). ¡Tampoco éste habló de matrimonio! ¿Será de él la carta? (*La extrae de su bolsillo y continúa la lectura*)... "ha despertado en mi corazón el más puro sentimiento de amor. No puedo ocultar más mi pasión. Le ruego que sea menos esquiva porque sólo la muerte..."

(*Cochambre sale de su escondite e interrumpe la lectura*).

COCHAMBRE.— Señorita...

IFIGENIA.— (*Guarda la carta*). ¡Ah, es usted! ¿Qué dice?

COCHAMBRE.— Nada bueno.

IFIGENIA.— ¿Por qué?

COCHAMBRE.— He descubierto que los piojos son inmortales.

IFIGENIA.— ¿Cómo es eso?

COCHAMBRE.— No mueren.

IFIGENIA.— Deben ser muchos.

COCHAMBRE.— No. Sólo son dos.

IFIGENIA.— ¿Dos, nada más?

COCHAMBRE.— ¡Dos solamente son esos malditos y una sola la carnecita que se quieren comer!

IFIGENIA.— ¡Use algún polvo venenoso!

COCHAMBRE.— Resisten y siguen picando.

IFIGENIA.— ¡Pobre don Cochambre!

COCHAMBRE.— Compadézcame, señorita Ifigenia. Compadézcame. (*Caminando hacia el mutis*). Algo es algo. (*Antes de desaparecer*). Buenas noches.

IFIGENIA.— Buenas noches. ¡Y que logre matar a esos dos piojos! (*Lo sigue con la mirada compasiva. Vuelve a sí y toma nuevamente la carta. La lectura es más difícil pues la luz ha decrecido*)... "porque sólo la muerte arrancará de mi pecho inflamado el afecto que hacia usted ha nacido en mi corazón. El amante solitario". (*Repite la firma*). El amante solitario. (*Medita*). ¿Raymundo? ¿Hilario? (*Viendo que se le aproxima el policía*). ¿Este quizá?

POLICIA.— ¿Todo en orden, señorita Ifigenia?

IFIGENIA.— Sí. Nada anormal hay.

POLICIA.— Ya sabe que estoy para vigilar que nadie la moleste. Si usted no estuviera aquí, yo ya hubiera pedido mi cambio a otro barrio. Pero no en todas partes hay señoritas tan preciosas como usted. Hasta cuando sueño me paseo por aquí cuidándola como a la niña de mis ojos.

IFIGENIA.— ¡Gua! ¡Qué galante es usted, señor guardia!

POLICIA.— Si quiere llámeme Agapito. Ese es mi nombre.

IFIGENIA.— Gracias, señor Agapito.

POLICIA.— ¡No me llame señor! ¡Agapito a secas!

IFIGENIA.— Gracias, Agapito.

POLICIA.— De nada, Ifigenia. (*Suena un silbato*).

POLICIA.— Me llama el cabo de ronda. Enseguida vuelvo. (*Sale corriendo*).

IFIGENIA.— (*Sola*). ¿Hilario? ¿Agapito? ¿Raymundo? Los tres sueñan conmigo, los tres me consideran bonita, los tres me quieren... ¿Y yo? ¿Me gustan ellos? ¿Estoy enamorada? ¿Con quién sueño?

(Permanece pensativa. Canta la

CANCION DE LOS SUEÑOS DE AMOR
(Tercera Parte)

IFIGENIA:

Es la pura verdad, es la pura verdad,
yo no sueño con nadie ¡qué será!
y me hundo en la más negra oscuridad.

Es mentira desleal, es mentira desleal
ellos me aman solamente cuando duermo
como si el sueño fuera el mismo cielo.

¡No tengo sueños, no, ni amor tengo,
pero de amor y sueño es este juego!

Vivimos divididos y al partir
nuestra vida, pedazos del vivir.
Vivimos divididos y al partir
nuestra vida, pedazos del vivir.
Son mentira desleal
son la pura verdad.

*(Conforme va cantando se va oscureciendo lentamente el
escenario).*

TERCER CUADRO

El mismo escenario alrededor de las ocho de la noche. Frente al puesto de Rogelia han sido colocadas, en semicírculo, algunas sillas y una mesa. Ya algunos invitados a la fiesta de Ifigenia ocupan el lugar. El camionero y el charlatán están de pie, cerca de Ifigenia. Esta charla con una amiga, sentadas ambas y rie alegremente. Rogelia sale del interior del puesto con una bandeja llena de copitas, que ofrece a sus huéspedes. Poco a poco, mientras ocurre la primera escena, acuden otros invitados.

ROGELIA.— ¡A ver! Aquí traigo un poco de cariño. Es hora de entrar en calor.

RAYMUNDO.— Viniendo de sus manos debe ser néctar divino. *(Se sirve).*

HILARIO.— ¡Déjate de floreos! ¡Es un buen puro! *(Recibe una copa).* Gracias, doña Rogelia. Nunca mejor servido. ¡A su salud!

ROGELIA.— Espere, don Hilario, que todos estén armados...

HILARIO.— Discúlpeme, no me había fijado.

RAYMUNDO.— No tienes educación.

ROGELIA.— *(Ofreciéndole a Ifigenia).* Tómame un traguito, hija, que lo que no mata engorda.

IFIGENIA.— Uno no hace daño. Gracias. *(A su vecina que coge una copita).* Sírvasse usted con confianza.

ROGELIA.— Ahora sí. ¡Salud por la agasajada!

RAYMUNDO.— Por la reina de esta noche. Salud.

HILARIO.— De todas las noches y todos los días. Salud.

IFIGENIA.— Se agradece. Salud. (*Todos beben.*)

HILARIO.— (*Hace muchos gestos.*) ¡Puro de uva!

CONCHITO.— (*Que llega en ese instante acompañada de un hombre bastante mayor que ella.*) ¡Que a tiempo llego! (*Al acompañante.*) ¿No te dije que estábamos en la hora?

ROGELIA.— ¡Pero qué elegantona se me ha venido usted, Conchito!

CONCHITO.— ¡Ay, una nada! Supongo que no hice mal trayendo a mi compadre.

ROGELIA.— Hizo usted muy bien. (*A Ifigenia.*) Ven, Ifigenia, que te presento a una vieja amiga. La señora Concho Molina, una vecina del Potao.

CONCHITO.— Así que ésta es... ¡Está buena la muchacha, para qué, Rogelia! Ojalá se logre bonito.

ROGELIA.— (*Desentendiéndose de Conchito.*) Traeré más copitas. ¿Quién me ayuda?

RAYMUNDO.— Su atento y seguro servidor.

HILARIO.— ¡Y este pechito!

Los dos van tras Rogelia y desaparecen en el puesto. Regresan en seguida cada uno con una bandeja y copitas. La reunión crece y se hace ruidosa.

ROGELIA.— (*Que vuelve.*) Me parece que ya estamos todos. ¿A ver? Falta el policía, pero tardará. Voy por la música. (*Sale por la izquierda.*)

Hilario y Raymundo, uno por un lado y otro por el otro, llegan hasta donde está Ifigenia, ofreciendo las copitas de licor.

RAYMUNDO.— ¿No desea usted una copita, señorita?

HILARIO.— Ifigenia, tómese otra.

IFIGENIA.— ¡Me puedo marear!

HILARIO.— No se eche atrás en el día de su fiesta.

RAYMUNDO.— Hasta cinco copas no es pecado.

IFIGENIA.— Bueno, pero será la última. (*Tiene ante sí las dos bandejas.*) ¿Y a cuál de los dos le acepto?

ROGELIA.— (*Retorna seguida del organillero.*) ¡Toque! ¡Toque ya! (*Suena un vals. Los invitados bailan.*)

RAYMUNDO.— Yo llegué primero a su lado. Tiene que hacerme el honor.

HILARIO.— ¡Guarda! Antes estuve yo.

RAYMUNDO.— Permite que te diga que no.

HILARIO.— (*Desafiante.*) ¡Permite que no te permita! (*A Ifigenia.*) Sírvese, Ifigenia.

IFIGENIA.— Es un problema... No sé verdaderamente quién me ofreció primero.

RAYMUNDO.— Me llama la atención. Fui yo.

HILARIO.— ¡Calla, calla! Fui yo. ¿No es cierto, Ifigenia?

IFIGENIA.— Lo resolveremos a cara o sello.

HILARIO.— ¡Mejor lo pulseamos, ah! El más fuerte gana.

IFIGENIA.— ¡Nada de peleas! ¡Tengo una buena idea! ¡Juéguenlo al Yan Ken Po, como en el colegio!

HILARIO.— Yo preferiría una prueba de hombres, pero si ustedes quieren el Yan Ken Po, no me opongo.

IFIGENIA.— (*Entusiasmada.*) ¡Listos! Yo digo el Yan Ken Po y ustedes juegan. (*Los dos dejan las bandejas y ocultan la mano derecha tras la espalda.*)

RAYMUNDO.— Que comience cuando quiera.

IFIGENIA.— ¡Muy bien! ¿Ya? ¡Yan Ken Po! (*Raymundo e Hilario muestran la mano abierta.*) ¡Papel no envuelve papel! Empatados.

De nuevo. ¿Listos? ¡Yan Ken Po! (*Ambos competidores muestran los puños cerrados.*) ¡Piedra no chanca piedra! Otra vez empate. De nuevo. ¿Ya? ¡Yan Ken Po! (*Muestran la mano con los dedos índice y del corazón extendidos.*) ¡Tercer empate! ¡Tijera no corta tijera! (*Los invitados, pese a que la música no ha cesado, se han reunido en torno a Ifigenia y los dos jugadores.*)

RAYMUNDO.— Por lo visto, tendrá usted que tomarse las dos copitas.

IFIGENIA.— ¡No! Prefiero que siga el partido. (*A los invitados.*) ¿Siguen o no jugando?

INVITADOS.— (*A coro.*) ¡Que siga! ¡Tómese las dos copas! ¡Hay que bailar! ¡Que jueguen!

HILARIO.— ¡Se hace lo que usted mande, Ifigenia!

CONCHITO.— (*A quién ya parecen habersele subido los humos del alcohol.*) Un momentito. (*A Ifigenia.*) ¿Y cuál es, hija mía, el premio de esta rifa? ¿Tu cariño?

IFIGENIA.— ¡Ay qué! Estamos viendo a cuál de los dos le acepto una copita.

CONCHITO.— ¿Y por qué no te tomas la mitad de cada una?

IFIGENIA.— Eso es lo que haré. ¿Y el resto?

CONCHITO.— Yo me sacrifico, hijita.

INVITADOS.— (*A coro.*) ¡Muy bien! ¡Que siga la fiesta! ¡Que muera el pato! ¡A bailar!

CONCHITO.— ¡Antes que nada, los tragos! ¿Dónde están?

Raymundo e Hilario alcanzan sus bandejas.

HILARIO.— Aquí están.

CONCHITO.— (*A Ifigenia. Toma una copa.*) La mitad de éste, vamos. (*Ifigenia bebe. Gran algarabía.*) Basta. (*Toma la otra copa.*) Y ahora la mitad de este otro. (*Ifigenia vuelve a beber.*) Basta. (*Con las dos copitas en la mano.*) Me toca a mí. (*Bebe una.*) ¡Zuácate! (*Enseguida la otra.*) ¡Bandangán! ¡Muy sabrosos! (*Los invitados aplauden.*) ¡Que continúe la jarana!

INVITADOS.— (*A coro.*) ¡Viva la dueña del cuarto! ¡Viva! (*Bailan. El camionero, dándole un empujón a su rival, ha logrado apoderarse de Ifigenia, con quien baila. El charlatán persigue a la pareja.*)

HILARIO.— ¿Y, ya se decidió?

IFIGENIA.— ¿Qué cosa?

HILARIO.— ¡Cómo! Los camarones, los camiones, los millones...

IFIGENIA.— Esas cosas no me interesan, Hilario.

HILARIO.— ¿Qué es lo que le interesa?

IFIGENIA.— Alguien que me quiera de verdad.

HILARIO.— Pero si le he hablado de camarones, camiones y millones es que la quiero de verdad.

IFIGENIA.— No me gusta que me enamoren de esa manera. ¡Si me hubiera usted escrito una carta!

HILARIO.— ¿Qué carta? ¿Y para qué, se puede saber? (*Se ha sobreparado. El otro aprovecha para arrebatarse la pareja.*) ¿Una carta? No entiendo.

RAYMUNDO.— ¿Lo ha pensado usted?

IFIGENIA.— ¿Qué cosa?

RAYMUNDO.— ¿No recuerda ya? Hipnotismo cataléptico sonambular!

IFIGENIA.— ¡Ah!

RAYMUNDO.— ¡Al amor le contesta usted sólo "ah"!

IFIGENIA.— Eso suyo no es amor. El amor tiene palabres dulces.

RAYMUNDO.— ¿Y acaso las palabras hipnotismo y cataléptico son amargas?

IFIGENIA.— No son las de un hombre enamorado.

RAYMUNDO.— ¿Y cuáles son las palabras de un hombre enamorado?

IFIGENIA.— Las que se escriben en las cartas. ¿Nunca escribió usted una carta de amor?

RAYMUNDO.— ¿Yo? La verdad que no.

IFIGENIA.— (*Desolada.*) ¡Qué lástima!

ROGELIA.— (*Que con palmas detiene la música.*) ¡Un momento! Vamos a cortar el baile para pedirle a Conchito que cante. Ella ganó un concurso en la radio, les advierto.

INVITADOS.— ¡Que cante! ¡Que cante!

ROGELIA.— Después de este número, serviremos el arroz con pato a la chichilayana. (*Se oyen bravos entusiastas.*)

CONCHITO.— (*Con una borrachera graciosa.*) ¡Sí, amigos, yo gané el premio de consuelo de la "Audición de la Corneta"! Un concurso bien bravo. Al que no cantaba bien lo paraban con un cornetazo de cuartel. ¡Ta ta ta ta ta! ¡Pero a mí nunca me sonó el ta ta ta!

INVITADOS.— ¡Que cante!

ROGELIA.— ¡Cante un bolero romántico, que son su especialidad!

CONCHITO.— ¿Bolero? Eso pasó, Rogelia. Ahora soy de la "Nueva Ola".

ROGELIA.— ¿Y qué canta usted ahora?

CONCHITO.— Los tiempos han cambiado. Ahora canto "twist".

ROGELIA.— ¿Cómo?

CONCHITO.— ¡Canto "twist"! ¡Es la locura!

INVITADOS.— ¡Que cante! ¡Que cante!

ROGELIA.— ¿Con movimientos y todo?

CONCHITO.— ¡Con todo!

ROGELIA.— ¡Cante usted lo que quiera, pero cante!

CONCHITO.— ¿Ustedes me hacen el coro?

INVITADOS.— ¡Sí! ¡Sí!

CONCHITO.— ¡Voy a cantar el "twist" que ha puesto de moda el famoso cantante Asunción Pérez! (*Se oyen bravos.*) ¡El famoso Asunción Pérez, mi ídolo!

Canta el

TWIST DEL YAN KEN PO

Yan ken po, yan ken po, yan ken po
papel envuelve a la piedra
piedra chanca a la tijera,
tijera corta el papel
tijera corta el papel
he, he, he...

Y si se quiera o no se quiera
damos vuelta al redondel,
y si se quiera o no se quiera
damos vuelta, damos vuelta, damos vuelta, damos,

Yan ken po, yan ken po, yan ken po
tijera corta el papel
papel envuelve a la piedra
piedra chanca a la tijera
piedra chanca a la tijera
ha, ha, ha...

Y si se quiera o no se quiera
damos vuelta al redondel
y si se quiera o no se quiera
damos vuelta, damos vuelta, damos vuelta, damos,

Yan ken po, yan ken po, yan ken po
piedra chanca a la tijera
tijera corta el papel
tijera corta el papel
papel envuelve a la piedra
papel envuelve a la piedra
ha, ha, ha...

Y si se quiera o no se quiera
damos vuelta al redondel
y si se quiera o no se quiera
damos vuelta, damos vuelta, damos vuelta, damos,

Yan ken po, yan ken po, yan ken po.

Todos se ponen a bailar desenfrenadamente. Cuando están entregados a la danza, irrumpe el policía acompañado de dos guardias más. Van con las pistolas desenfundadas.

POLICIA.— ¡Nadie se mueva! *(El baile se detiene bruscamente.)*

ROGELIA.— *(Cariñosa.)* Al fin llega usted. Estaba a punto de servir el arroz con pato. Pero tómese un traguito...

POLICIA.— *(Cortante.)* No vengo a la fiesta, señora. Estoy en servicio. Voy a detener dos delincuentes.

IFIGENIA.— ¿Dos delincuentes, aquí?

ROGELIA.— ¿Viene usted borrachito, don Agapito?

POLICIA.— No, señora. Estoy en misión especial. Voy a detener a dos individuos.

IFIGENIA.— ¿A quienes?

POLICIA.— *(Leyendo un papel.)* "Apersónese con el efectivo que juzgue conveniente a la casa sita en Gran Mariscal Conchaes N° 325 y detenga a Hilario Patúñez, sindicado como cabecilla de la mafia que viene operando en el encarecimiento de las subsistencias en el Mercado Mayorista, y a Raymundo Solar, quien so pretexto de la venta ambulante de específicos curativos actúa en el sector de Comas, en complicidad con una banda de carteristas". Así es que ya lo saben. Tengo que llevármelos.

IFIGENIA.— Tiene que haber una equivocación. Si los dos trabajan... *(A Raymundo.)* ¿Lo del hipnotismo cataléptico es mentira? *(Raymundo baja la cabeza avergonzado. Enseguida dirigiéndose a Hilario.)* ¿Y los camarones?

HILARIO.— *(Al policía.)* Bueno, vamos ya.

POLICIA.— *(A Ifigenia.)* Lamento aguarle su fiesta, pero el deber

es el deber. *(Al policía más próximo.)* Espósalos. *(Les coloca a ambos las esposas.)*

RAYMUNDO.— ¡Ya nadie cree en el ungüento de culebra! ¡No tengo la culpa!

IFIGENIA.— ¿Todo fue puro palabreo? ¿Hipnotismo cataléptico, todo eso, no era verdad?

ROGELIA.— Cálmate, Ifigenia. Lima es así.

HILARIO.— Lo de los camarones sí es verdad, lo juro.

IFIGENIA.— ¿Y lo de la mafia?

HILARIO.— Bueno... La mafia de los camarones.

POLICIA.— ¡Vámonos! *(A los otros policías.)* Llévenselos. *(Hacen caminar a Raymundo e Hilario.)* Yo los alcanzo. *(Salen policías y presos.)* ¡La fiesta estaba muy buena! ¿Por qué no continúa? *(Mira en torno.)* ¿Y toda la gente, donde está?

ROGELIA.— Se fue. Se asustaron... Hasta Conchito ha volado.

POLICIA.— ¡Qué lástima! *(A Ifigenia, que se ha sentado, triste, en un rincón.)* Ha sido parte de mi intervención en la "operación limpieza". Y aunque esté mal que lo diga, la misión de esta noche me va a representar mi fideo de cabo. ¡Y de ahí para adelante, la cosa es más fácil!

IFIGENIA.— ¿Quiere decir que por esto lo van a ascender?

POLICIA.— Así me lo prometió el capitán.

IFIGENIA.— *(Agria)* ¿Y a cuántas personas tiene usted que mandar a la cárcel para conseguir ese ascenso?

POLICIA.— Aproximadamente a cien, pero la cifra puede ser rebajada si el guardia hace otros méritos: estudio de los reglamentos, buena ortografía y aseo. ¡Además, yo sigo un curso de redacción por correspondencia!

IFIGENIA.— Entonces, usted sabe escribir cartas.

POLICIA.— Todavía no. Por el momento, sólo escribo partes. Por ejemplo, ahora debo comunicar el desarrollo de esta misión. Por

eso debo retirarme. (*Se cuadra militarmente*). Hasta pronto. (*Sale.*)

ROGELIA.— ¡Pobrecitos Hilario y Raymundo! ¡Cuánto irán a estar entre rejas! (*Pausa.*) Y encima de todo saldrán retratados en "Última Hora" y "La Tercera".

IFIGENIA.— ¿Y no hay algún modo de que los pongan en libertad pronto?

ROGELIA.— Ay, hija, eso cuesta mucha plata. Plata para el abogado, plata para el escribano, plata para... ¡Para todos! No baja de veinte mil soles.

IFIGENIA.— ¿Quiere decir que sin plata no hay libertad?

ROGELIA.— Sin plata no hay nada, hija.

(*Por la derecha dando saltos, haciendo piruetas, gritando hurras, bailando hecho un loco, viene Cochambre.*)

IFIGENIA.— ¿Qué le pasa?

ROGELIA.— Pero míralo... Si parece un mono.

COCHAMBRE.— ¡Viva la vida! ¡Viva yo! ¡Viva mi suerte! ¡Viva la Beneficencia Pública de Lima! ¡Viva la basura! (*Cuando está al lado de las mujeres.*) ¿Pero aquí no había una fiesta?

ROGELIA.— ¿Qué le sucede a usted? ¿Está borracho?

COCHAMBRE.— ¿Y qué le sucedió a la fiesta?

IFIGENIA.— Se acabó a capazos. Vino el policía y se llevó presos a Hilario y Raymundo. Los demás se largaron sin dar las gracias.

COCHAMBRE.— ¿Y por qué presos?

ROGELIA.— Carteristas y mafiosos.

COCHAMBRE.— Lo de siempre.

IFIGENIA.— ¡Pobres!

COCHAMBRE.— ¡Sí, pobres! Primero, la carceleta. Después el Sexto. Al final, la isla.

ROGELIA.— Lo menos dos años, ¿no es cierto?

COCHAMBRE.— Lo menos... Pero no se preocupe. Iremos a verlos cargados de regalos: ropa de cama, conservas, tortas, cigarrillos... ¡Seré un Papa Noel!

IFIGENIA.— ¿Usted? ¿Y de dónde sacará el dinero?

COCHAMBRE.— Lo tengo.

ROGELIA.— ¡Oiga no estamos para chistes!

COCHAMBRE.— Es la verdad. (*Busca en su bolsa el billete de la lotería y lo saca.*) ¿Ve usted esto?

ROGELIA.— Un huachito... ¿Y qué?

IFIGENIA.— No me va a decir que se sacó la gorda.

COCHAMBRE.— La gorda, no. Pero acabo de cotejarlo y tiene veinte mil soles de premio.

IFIGENIA.— ¿Veinte mil soles?

ROGELIA.— ¿Oíste, Ifigenia? Lo justo...

COCHAMBRE.— ¿Lo justo para qué?

IFIGENIA.— ¡Para sacar de la cárcel a los dos amigos!

COCHAMBRE.— ¿Se refiere usted a la caución?

ROGELIA.— No sé el nombre, pero esa es la llave que abre las cerraduras de las celdas.

COCHAMBRE.— Quiere decir que tengo que poner mis veinte mil soles...

IFIGENIA.— ¡Oh, no! No hemos querido decir nada.

ROGELIA.— Es su plata, Cochambre. Usted habló de ropa, conservas, cigarrillos... Les llevará usted eso.

COCHAMBRE.— (*Se pasea meditabundo. Se dirige a Ifigenia.*) Que vale más ¿una lata de atún o la libertad?

IFIGENIA.— La libertad.

CUARTO CUADRO

El mismo escenario pasada la medianoche. Salvo Cochambre que duerme en la banca de costumbre de la placita, no hay nadie en las calles. A los pocos instantes de silencio aparece, haciendo sonar sus tacos, el policía, quien cumple su guardia. Del puesto sale Ifigenia. Está inquieta y parece aguardar a alguien. El policía se le aproxima.

POLICIA.— Ya no vendrán hasta mañana. La orden habrá llegado hoy por la tarde. Sellos, firmas, trámites... Seguramente mañana temprano estarán en libertad. ¿Por qué no se acuesta? Está comenzando a refrescar.

IFIGENIA.— ¡Ha costado tanto esa libertad! No sólo los veinte mil soles...

POLICIA.— (Con ironía.) ¿Por cuál de los dos se interesa usted?

IFIGENIA.— ¿Qué se imagina? Me preocupo sin interés de ninguna clase, sépalo.

POLICIA.— Es tan raro... Desde el día en que los llevamos presos ya no es usted la misma.

IFIGENIA.— Son mis amigos. Uno debe ayudar a sus amigos.

POLICIA.— La gente hace lo que le conviene.

IFIGENIA.— En mi pueblo nos ayudamos unos a otros porque somos compadres, vecinos, allegados...

POLICIA.— (Suficiente.) Eso está bien, pero sólo allá. Aquí no. Esos dos sujetos, por ejemplo, no son buena gente, se lo aseguro.

IFIGENIA.— Conmigo han sido buenos.

POLICIA.— Cuidese. El charlatán es pura labia. Habla florido pero es como la culebra de su pomada. En cuanto al otro, un camionero. Eso es suficiente. ¡Y los dos mienten como diputados!

IFIGENIA.— Todos aquí mienten. Así es Lima. Muy iluminada, pintona y orgullosa, pero mentirosa.

POLICIA.— Que conste que yo no le he mentado.

IFIGENIA.— Pero mandó a la cárcel a dos inocentes.

POLICIA.— Cuando recibo una orden no estoy obligado a pensar si es justa o injusta, señorita. Mi única preocupación es que mi foja de servicios crezca. Además, ¿qué podía hacer yo?

IFIGENIA.— Haberles avisado con tiempo para que pudieran escaparse.

POLICIA.— ¡Qué bonito! ¿Y yo venía y no los encontraba? Yo tenía que llevarlos al calabozo. Eso es lo que se apunta en la foja.

IFIGENIA.— ¿Y cómo supieron sus jefes que ellos estaban aquí?

POLICIA.— ¡Ah! La policía sabe investigar, qué se cree.

IFIGENIA.— Claro. Y fue usted el que hizo esa investigación.

POLICIA.— Bueno. Fue una orden anterior. Me encargaron investigar e investigué.

IFIGENIA.— Por supuesto, de otro modo la foja de servicios...

POLICIA.— Soy policía. Era mi deber.

IFIGENIA.— (Contenida.) ¿Quiere decir que entregó a Raymundo e Hilario por su fideo de cabo?

POLICIA.— Me encargaron investigar. Investigué e informé.

IFIGENIA.— Y enseguida los metió presos.

POLICIA.— Esa fue otra orden, la segunda. El capitán me dijo: "Tráemelos del cogote". Y se los llevé.

ROGELIA.— Atún, cigarrillos, torta, son para el ratito. La libertad es para toda la vida.

COCHAMBRE.— Eso mismo digo yo. (*Extendiendo el billete de lotería.*) En vez de ropa o conservas, cómpreles la libertad. Tome. A mí me sobra.

ROGELIA.— ¡Usted sí que es un amigo!

IFIGENIA.— ¡Señor Cochambre, su corazón es más grande que la catedral!

COCHAMBRE.— Gracias por lo de señor.

ROGELIA.— (*Guardando el huachito.*) Lo voy a premiar. Espéreme. (*Va al interior del puesto.*)

IFIGENIA.— Su gesto es maravilloso.

COCHAMBRE.— No exagere, señorita Ifigenia. Me encontré el huachito en la calle. Lo que está en la calle es de todos, salvo los puchos, que en este sector son míos, exclusivamente míos... ¡aunque ahora son puro filtro!

IFIGENIA.— Todos los días le regalaré una cajetilla. Se lo prometo. ¿Cuáles prefiere usted, rubios o negros?

COCHAMBRE.— No se moleste.

IFIGENIA.— Contésteme cuáles prefiere, ¿rubios o negros?

COCHAMBRE.— Los rubios se me atragantan. Todo lo prefiero de color honesto.

ROGELIA.— (*Que regresa con una gran olla.*) ¡Para usted, Cochambre!

COCHAMBRE.— ¿Para mí? ¿Qué es?

ROGELIA.— El arroz con pato en punto de parida que preparó Ifigenia.

COCHAMBRE.— (*Apoderándose de la olla.*) ¡Qué olor! (*Se sienta en el suelo con el recipiente entre las piernas.*) Con el permiso de ustedes. (*Mete la mano y saca una pierna, que come dando mues-*

tras de satisfacción.) ¡Exquisito! ¡Formidable! ¡Extraordinario! (*Sigue comiendo.*)

ROGELIA.— Lo dejamos. Buen provecho.

IFIGENIA.— Hasta luego.

COCHAMBRE.— (*Con la boca llena.*) Hasta luego. Que descansen y sueñen con los angelitos.

Ifigenia y Rogelia recogen las sillas y la mesa y salen de escena. Cochambre con la cabeza casi metida dentro de la olla, devora su contenido. Apagón.

IFIGENIA.— (*Después de un silencio.*) ¿Está usted de guardia ahora?

POLICIA.— Sí.

IFIGENIA.— ¿Y ha recibido usted la orden de conversar conmigo?

POLICIA.— No, pero es un placer.

IFIGENIA.— ¿Y que diría el capitán si sabe que usted emplea sus horas en este placer?

POLICIA.— ¿Y cómo se puede enterar?

IFIGENIA.— ¡Porque yo le iré a contar todas las cosas que usted hace cuando debería estar vigilando el barrio! ¡Y le llevaré también la cuenta de los panes con chicharrón que se traga y no paga!

POLICIA.— ¿Qué? ¡Sería usted capaz! ¡Soy su amigo!

IFIGENIA.— ¡Lárguese de mi lado ahora mismo y no me vuelva a hablar nunca más si no quiere que en su maldita foja figuren todas sus cochinas! ¡Su asqueroso fideo está a punto de aguarse, se lo advierto!

POLICIA.— (*Herido.*) ¡Señorita Ifigenia, no se olvide que está usted dirigiéndose a la autoridad! Guarde la compostura debida...

IFIGENIA.— ¡Soplón!

POLICIA.— ¿Soplón yo? ¡No lo aguanto! ¡Se va usted a arrepentir de ese insulto! (*Da media vuelta y se retira airado.*)

IFIGENIA.— ¡Soplón! ¡Limeño! ¡Pura mazamorra!

Canta la canción de

LOS HOMBRES DE MAZAMORRA
(Primera parte)

IFIGENIA:

Son como mazamorra
que no se masca:
tomará sus promesas

con cuchara de sopa
con cuchara de sopa
lo que le plazca.

Son como mazamorra
que no se bebe,
el corazón tan blando,
tan blanda el alma, tan blanda el alma
como de jebe.

Son como mazamorra
dulce y amable
pero que si se enfria
pierde la gracia, pierde la gracia
y es impasable.

Cuando concluye aparece apresurado el charlatán. Se encamina hacia el hotel, pero divisa a Ifigenia.

RAYMUNDO.— ¿Qué hace usted levantada a esta hora?

IFIGENIA.— (*Alegre.*) ¡Oh, qué suerte que lo soltaron! ¿Está Ud. bien?

RAYMUNDO.— Nos soltaron a las 6. Estoy muy bien. (*Presuntuoso.*) Soy inocente.

IFIGENIA.— ¿A las 6? ¿Y por qué no vino antes? Estábamos tan preocupados...

RAYMUNDO.— Tuve mucho que hacer. Tenía que conseguir unos soles. Me voy de Lima. Cuando a uno lo fichan, lo mejor es esfumarse.

IFIGENIA.— ¿Pero no dice usted que es inocente? ¿Por qué huye?

RAYMUNDO.— Usted no conoce a la cachaquería. Hay que irse. Dos, tres años... Después, quizá se hayan olvidado. Bueno, me despido. Hasta pronto. Que sea muy feliz. (*Advierte el estupor de Ifigenia.*) ¡Ah! Me olvidaba advertirle que todo lo que le dije fue sólo una galantería. Soy muy difícil para el amor. Prefiero andar solo con mi maletín de ungüento... Hasta pronto. (*Va hasta la puerta del hotel.*) Estoy muy apurado. (*Sale.*)

IFIGENIA.— (*Cuando el otro ha desaparecido.*) ¡Pero Raymundo...! (*Va a ir tras él, pero se detiene. Pausa.*)

HILARIO.— (*Viene de prisa con dirección a su choza. Pasa junto a Ifigenia. Se sobrepara repentinamente.*) Buenas noches, señorita Ifigenia. Perdóneme que no la reconociera. A estas horas...

IFIGENIA.— (*Entusiasta.*) Ya sabía que estaba usted libre. ¡Qué gusto tengo!

HILARIO.— En efecto, estoy libre. Todo era un error. Pero me tengo que ir ahora mismo a la sierra. Conviene desaparecer del panorama. La policía tiene una memoria muy frágil y de repente se olvida que soy inocente.

IFIGENIA.— ¿Se va también?

HILARIO.— Imagínese mi situación. He estado seis días adentro y no he ganado un centavo... ¡Cómo estará mi pobre mujer y mis hijos! (*Muy tarde se da cuenta de lo que ha dicho.*) Este... No quise...

IFIGENIA.— ¿Es usted casado?

HILARIO.— (*Confundido.*) Sí.. pero no mucho. Es decir, soy casado, aunque hace tiempo que... Bueno, no soy un jovencito. No es de llamar la atención. ¡Ah, ya me doy cuenta, usted lo dice porque le solté algunas cositas! ¡Bah, no haga caso, eran en broma! En Huancayo tengo a mi mujer y cinco chicos. Bueno, voy a recoger mis cosas para enfilarse el camión a la sierra. Discúlpeme... Ya vuelvo a despedirme. (*Sale.*)

IFIGENIA.— (*Cuando reacciona.*) ¡Sinvergüenza! ¡Sinvergüenza! ¡Todos son unos sinvergüenzas, unos soplones, unos canallas! (*Grita.*) ¡Canallas! ¡Soplones! ¡Sinvergüenzas!

ROGELIA.— (*Que sale a los gritos de Ifigenia, en bata.*) ¿Estás loca? ¿Te pones a gritar en la calle a las cuatro de la mañana?

IFIGENIA.— (*Enardecida.*) ¡Si todos son unos mentirosos! ¡Lima es una mentira llena de mentirosos!

ROGELIA.— ¿Y recién te das cuenta de eso, criatura?

IFIGENIA.— ¡Es para volverse loca! ¡El policía denunció a Hilario y Raymundo! ¡Raymundo dice que le gusta vivir sólo y, sin embargo, juró que me amaba desde antes de conocerme! ¡Hilario es casado, pero tuvo la desvergüenza de prometerme hijos! ¡Son pura mazamorra!

ROGELIA.— ¡Mazamorra por fuera y por dentro!

Cantan ambas la canción de

LOS HOMBRES DE MAZAMORRA (Segunda parte)

ROGELIA:

Son como mazamorra
del suelo al techo
el clima es mazamorra
y el mismo cielo, y el mismo cielo,
de eso está hecho.

IFIGENIA:

Son como mazamorra
los sentimientos,
mazamorra morada
el sueño, el beso, el sueño, el beso
todo, hasta el viento.

LAS DOS:

Son como mazamorra
que no se masca,
ni se bebe ni sabe,
ni deja rastro, ni deja rastro
cuando se atasca.

Cuando han terminado, Hilario y Raymundo, cada uno por su lado, aparecen con sendas maletas, listos para viajar.

RAYMUNDO.— Ha llegado la hora de decir adiós. (*Tiende la mano a Ifigenia y Rogelia.*)

HILARIO.— Lo mismo digo. (*Repite el juego.*)

RAYMUNDO.— (*A Hilario.*) ¿Listo compadre?

HILARIO.— Listo, carreta.

HILARIO y RAYMUNDO.— (A coro.) Hasta prontito. (Se dirigen a la derecha.)

HILARIO.— (Antes del mutis.) El camión está como una seda. ¿Tiene usted pomada suficiente, carretón?

RAYMUNDO.— Como para embadurnar a un ejército, compadrito. (Salen.)

ROGELIA.— (Los ve irse.) ¿Y ni siquiera han preguntado quién dio la plata para que salieran en libertad?

IFIGENIA.— No han dicho ni gracias.

Se oye el canto de un gallo. Otro le responde a lo lejos. Comienza a amanecer.

ROGELIA.— Ya está amaneciendo. No has pegado los ojos en toda la noche, hija.

IFIGENIA.— No tengo sueño... (Está a punto de llorar.) Estoy como si mi padraastro me hubiera dado una de sus palizas...

ROGELIA.— Me voy a vestir. Mira mi facha. Ven, tú descansa un poquito.

IFIGENIA.— Ya voy.

ROGELIA.— Con tal de que el sereno no te haya acatarrado... (Sale.) (En su banca, Cochambre se levanta, hace su breve gimnasia y cuando ve a Ifigenia, corre hacia ella.)

COCHAMBRE.— Buenos días, vecina. ¿Durmió usted bien?

IFIGENIA.— No pegué los ojos. He estado aquí despierta, toda la noche.

COCHAMBRE.— ¿No soltaron a nuestros amigos todavía?

IFIGENIA.— Sí, ya los soltaron. Ya vinieron también, y también ya se fueron.

COCHAMBRE.— ¿Y qué hace usted aquí entonces?

IFIGENIA.— No hago nada. (Pausa.) Pero, sin embargo, hago algo. Estoy rehaciéndome.

COCHAMBRE.— ¿La hirieron?

IFIGENIA.— Me cortaron en pedacitos. Como un chicharrón. (Sonríe).

COCHAMBRE.— A usted le faltaba adaptarse a Lima. A esta ciudad no se llega cuando se llega. Cuando a uno le han dado bastante en la cabeza es cuando ya está en ella. (Pausa.) Esos dos tipos deberían estar aquí, de rodillas ante usted, dándole las gracias. Pero estarán roncando como generales.

IFIGENIA.— Están de viaje. Han ido a recorrer el mundo.

COCHAMBRE.— Pero yo creí que ellos estaban enamorados... Parecía que...

IFIGENIA.— Pasaban el rato, nada más. Me lo dijeron bien claro.

COCHAMBRE.— Así es la vida.

IFIGENIA.— Lo peor es que les creí todas las tonterías. Me encantaban con sus palabras. Me parecían maravillosas. Y yo pensaba: ¿cuál de los dos? ¡Ya no le creeré nada a nadie!

COCHAMBRE.— No todos en esta ciudad son mentirosos. Hay gente digna de confianza...

IFIGENIA.— ¿Quién? ¿Quién, me puede usted decir?

COCHAMBRE.— Pues, verá... Hay gente que promete una cosa sólo cuando la puede hacer...

IFIGENIA.— ¡Ah, claro! ¡Usted, por ejemplo, que se desprendió de su dinero!

COCHAMBRE.— No se trata de dinero. El huachito lo encontré tirado en la calle. Era de otro y no era de nadie. Me refiero a otra cosa. Pensaba en las palabras. Hay unas que se lleva el viento. Otras quedan, quedan escritas...

IFIGENIA.— ¿Palabras que quedan?

COCHAMBRE.— Que quedan, sí... ¿No entiende?

IFIGENIA.— (*Con gesto fatigado.*) No entiendo. Estoy muy cansada, es la verdad.

La ciudad ha comenzado a moverse, como en el primer cuadro. Aparecen los personajes mímicos y se escucha el ruido de la jornada, su ritmo disonante y acelerado.

IFIGENIA.— Ya es de día. Cuando llegué todo esto me pareció la libertad. Pero no es así. (*Mira en torno.*) Es una jaula, una enorme jaula llena de pájaros sanguinarios, llena de buhos oscuros y murciélagos humeantes.

Chillan pájaros entre motores y frenos.

COCHAMBRE.— ¡Es cierto! ¡Es cierto!

IFIGENIA.— Cada uno va sobre su presa.

COCHAMBRE.—Yo sobre mis piojos y mis puchos...

IFIGENIA.— Yo a la trampa de los desayunos... ¡Debo abrir el puesto!

COCHAMBRE.— Me voy. (*Vacila.*) Este...

IFIGENIA.— Hasta luego.

COCHAMBRE.— Antes debo decirle una cosa. (*Confidencial.*) Yo también digo mentiras. Envío cartas llenas de mentiras.

IFIGENIA.— ¿Cartas? (*Saca la que guarda en su bolsillo.*) ¿Usted me escribió esta carta?

COCHAMBRE.— Mía, mía, mía, lo que se dice mía, no es. La copié de un libro. (*Saca de su bolsa un librito.*) De aquí: "El Secretario de los Amantes". Y lo que dice, por eso, tampoco es cierto. Ahora me voy. Me voy muy lejos. Adiós. (*Inicia el mutis.*)

IFIGENIA.— ¡Oiga!

COCHAMBRE.— No diga nada. Todo está perfectamente bien. ¡Soy pura mazamorra!

Mientras hace mutis canta la

CANCION DEL AMANECER LIMEÑO

Ifigenia queda sola, en medio del barullo y de los peatones. En bicicleta ingresa un cartero. Se detiene a su lado.

CARTERO.— ¿Sabe usted donde vive la familia Choroque?

IFIGENIA.— Yo soy Ifigenia Choroque.

CARTERO.— Telegrama urgente. (*Le extiende el sobre y un cargo con un lápiz.*) Firme aquí. (*Ella firma. El recoge el libro de cargos y monta su bicicleta.*) Gracias. (*Sale.*)

IFIGENIA.— (*Abre ansiosa el telegrama. Lo lee. Ríe alegremente. Vuelve a leerlo, esta vez en voz alta.*) "Ifigenia llega a esa mañana por la mañana. Cuida que Lima no me la malogre. Saludos de tu cuñada..." (*Ríe más. Poco a poco se va poniendo grave. Los ojos, luego, se le llenan de lágrimas.*) ¡He llegado! ¡No estoy soñando! ¡He llegado de verdad!

Se adelanta y canta la

CANCION DE LA RECIEN LLEGADA

(Segunda parte)

IFIGENIA: He llegado, por fin, he llegado a la ciudad, a la ciudad, pues su alma de lodo he palpado, ¡qué pena da! ¡qué pena da!

Y me siento cual pájaro atado sin alas ya, sin alas ya.

Y me siento cual pájaro atado sin alas ya, por la ciudad.

La ciudad con sus grillos dorados sin amistad, sin amistad, la ciudad con sus grandes candados, sin voluntad, sin voluntad.

He llegado por fin, he llegado
a la ciudad
sin libertad.
He llegado por fin, he llegado
a la ciudad
sin libertad.

*Cuando termina, todos los personajes, los principales y los
comparsas, aparecen danzando en la escena iluminada,
sobre la cual se cierra lentamente el*

TELON

INDICE